

EL CORREO DE LA MODA.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—Recuerdos, (poesía), por don Rafael Serrano Alcázar.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Clemencia [continuación], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Doña Prudencia Grillo, por don José S. Biedma.—Labores, por doña Aurora Perez Miron.—**LAMINA:** Pliego de Bordados y Patrones.

REVISTA DE MADRID.

En pobre cuarto
De último piso
Tengo, lectoras,
Un paraíso.
Coja una mesa,
Rota una silla,
Una ventana
Donde el sol brilla,
Un balconcito
Lleno de flores;
Libros y plumas
Y mis amores.



Sí se espesaba, no hace muchos días un poeta amigo nuestro, tan ingenioso como desgraciado, dirigiéndose á las mujeres.

Yo también, mis queridas lectoras, tengo como un canario, una jaula en un piso segundo de la calle de Hortaleza, y desde allí os entretejo esos ramilletes de flores que todas las semanas recibís.

En mi cuarto vivo lo mismo que en el campo. Tengo tapices en las paredes que me finjen la sombra de las arboledas, las llanuras de los valles, la palidez de las hojas que se caen, el color perdido de los horizontes, y las fantásticas crestas de las lejanas montañas.

Vivo en Madrid, y sin embargo, vivo en un bosque.

El que escribe para vosotras no puede menos de vivir entre las flores.

Si yo os dijera que os escribo mis revistas á la sombra de los árboles, no mentiría.

Hoy quiero remontarme como de costumbre, en busca de esos capítulos de color de rosa que encontráis en el CORREO DE LA MODA, y casi no puedo desplegar las alas.

El ruido que se extiende debajo de mis balcones me despierta la curiosidad y no puedo menos de asomarme á la calle.

Una muchedumbre inmensa, desordenada y alegre ha venido á sacarme de mis meditaciones; esas meditaciones que pueden resbalar sobre una frente de veinte años como la mía.

La fiesta de San Anton, la tengo delante, como el otro que dice.

¡La calle de Hortaleza! La calle de Hortaleza que no deja de ser en la corte una calle como otra cualquiera, es sin embargo el día de San Anton el paseo elegante del trabajador humilde, del honrado jornalero, que siguiendo una costumbre de sus mayores, y firme en las creencias de sus antepasados, sale á la calle sobre un modesto cuadrúpedo, para recorrer un pequeño espacio, y como ellos dicen dar vueltas á San Anton.

La Red de San Luis, donde efectivamente se enredan la calle de Jacometrezo, la de Fuencarral, del Caballero de Gracia, de la Montera y Hortaleza, está coronada por multitud de pintorescos puestos de panecillos, engalanados con diferentes colores.

El pueblo se arrastra como una serpiente inmensa por las dos calles que conducen á la iglesia de San Anton, y parece una larga cadena que no tiene fin.

Nada existe para nosotros tan respetable como las costumbres antiguas de un país cualquiera.

Las costumbres son el símbolo, el carácter, el verdadero espíritu de las naciones.

¿Qué pueblo, por pequeño que sea, no tiene su costumbre?

¡Es tan hermoso conservar vivos los recuerdos de ayer entre los adelantos de hoy!

El objeto de la fiesta de San Anton es un objeto piadosísimo, que suele envolverse en una forma grotesca, con detalles de caricatura, ó mejor dicho, de mogiganga.

Es un espectáculo tan sencillo como inocente; es una *romería de la aldea*; es un juego á la *rueda* de las muchachas del *barrio*, como decimos en Andalucía á la gente del pueblo.

La fiesta de San Anton no es digna de la corte de España en el siglo XIX, pero es respetable, como hija de los anteriores, de costumbres mas sencillas.

Pero en fin, yo me encierro en mi bosquecillo; me acuerdo de vosotras, lectoras mías, hablo con los pájaros que me cercan, subo á los montes y me preparo para seguir charlando.

Abramos, pues, la *puerta de oro* de sucesos mas bellos, y de profecías mas encantadoras.

El Carnaval se acerca como una broma del tiempo, y el pueblo de Madrid hace grandes preparativos para recibirle de broma.

Bailes en el teatro de la Zarzuela, en los Campos Eliseos, en el régio coliseo, en todas partes se anuncian esos ejercicios gimnásticos de la juventud y la alegría que se llaman bailes.

Se anunciaba para uno de estos últimos días un gran baile de niños en casa de los señores de Weisweillier.

Estos bailes en miniatura son indudablemente la inocencia en movimiento.

Selgas ha llamado á los niños hombres de diez años.

El baile para los niños es un juego de saltos á compás.

Los niños bailando son mariposas, aire, hojas de flores que van de un lado para otro.

Los señores de Weisweillier, cuando dan un baile de niños, parece que tienen en sus salones un convite de ángeles.

Los duques de Fernan-Núñez tambien anuncian para dentro de pocas noches una magnífica *soirée*.

La ilustre condesa del Montijo, que saldrá pronto para Roma, tambien se despedirá de sus amigos con una deslumbradora reunion.

El mundo elegante no puede presentar una perspectiva mas hermosa.

A. F. GRILO.

LITERATURA.

RECUERDOS.

Era una tarde serena
Rica en galas y colores;
Los céfiros voladores
Cruzaban la selva amena.

Y con muelle desvarío
Jugaban locos y ufanos
En los vergeles lozanos,
En las espumas de un río.

Mostraba pardo capuz
La luz que en los cielos arde,
É iba llegando la tarde,
É iba muriendo la luz.

Y ornando en sombras el día
Su alba frente soberana,
El ancho manto de grana
Altivo el sol recogía.

De una flor mirando el broche
Y con armónico estudio
Un dulcísimo preludio
Daba el cantor de la noche.

Preludio que en ráudo vuelo
Desde las verdes alfombras
Llegaba á cruzar las sombras
De la bóveda del cielo.

Preludio que se estendía,
Por la region celestial
Como un himno funeral
Sobre la tumba del día.

¡Momento de dicha y gloria,
De frenética pasion;
Momento que el corazon
Ha grabado en la memoria!

Entonces entre las nieblas
Que ya tus rejas cubrian,
Ví dos ojos que lucían
Ahuyentando las tinieblas.

¡Bendita tan dulce hora!
Ante aquellos resplandores
Burlé del sol los fulgores
Y las tintas de la aurora.

Olvidé sus rayos rojos,
Y fuí perdiendo la calma;
Y quedó prendida el alma
De aquella luz de tus ojos.

Yo con loco desvarío
Me acercaba á tu ventana;
Y el aura jugaba ufana
Con las espumas del río.

Toda trémula de amor
Mis dulces ecos oíste:
«¡Sí; te amo!» me dijiste;
Y cantaba el ruiseñor.

Desde entonces, bien que adoro,
Ausente de tu hermosura,
En raudales de amargura
Ardientes lágrimas lloro.

Mas me consuela tu acento ,
Mensagero de tu amor,
Cuando canta el ruiseñor,
Y cuando murmura el viento.

RAFAEL SERRANO ALCAZAR.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

IV.

De Leonor á Adela.

Acababan de levantar los manteles, y mi tío me condujo junto al alfeizar de una ventana que da al jardín, y que está casi cubierta por las enredaderas y rosas de guirnalda.

Mi tío se había mostrado triste y preocupado durante la comida.

—Siento, me dijo sonriendo y cogiéndome de la mano, siento tener que hacer contigo el papel de Mentor, mi querida niña, pero careces de madre, y preciso es que yo te ayude con mis consejos, severos tal vez, pero sinceros y desapasionados.

Tu conducta de hoy me ha disgustado infinito. ¿Ves ese rosado capullo que está al alcance de tu mano? Mira cuán espléndidos parecen sus colores, contrastando con el verde oscuro del cáliz que le cobija! ¿No es á tus ojos mas bello que este otro capullo que estoy abriendo á viva fuerza, y cuyo cáliz ha desaparecido ya debajo de sus hojas?

La compostura en la mujer, es el cáliz misterioso que aumenta sus atractivos, que hace resaltar el brillo de sus virtudes.

Pero sigamos la comparacion: hé ahí á esos dos capullos, libres otra vez, y cimbreadose otra vez encima de la verde rama. Espera un breve instante: espera á que pase una ráfaga del bullicioso cefirillo... ¿Ves como el céfiro se lleva una por una las hojas del capullo abierto y sin defensa? ves como pasa susurrando de despecho sobre el capullo protegido por el cáliz, y se aleja sin haberle robado sus encantos?

La compostura, hija mia, es la égida que protege á la mujer contra las acechanzas de la vil calumnia; la compostura es la que la preserva de los mil peligros que surgen á cada instante en su camino y pueden conducirla al precipicio.

Bien sé que en las costumbres del día se tiene en muy poco al decoro; bien sé que hoy las jóvenes, orgullosas de sí mismas, haciendo alarde de una libertad nominal y estúpida, se apresuran á romper

las antiguas trabas de las conveniencias sociales; bien sé por último, que tú no hiciste mas que imitar á tus aturdidas compañeras, dejándome en medio del camino, y corriendo cada una en direccion distinta....

Pero ahora que estamos solos quiero que consideres las graves consecuencias que puede traer á una jóven el faltar á la severa compostura de otros tiempos.

Y cuenta, Leonor, que cuando nuestros antepasados han elevado una cosa á precepto, es porque esa cosa tiene razon de ser, fundada en la esperiencia. ¡Cuenta que nunca se falta impunemente á uno de esos preceptos, sin sufrir al instante un justo y severísimo castigo!

Pero volvamos á las consecuencias de tu locura de hoy: en primer lugar menospreciasteis mis canas: bien sabiais vosotras que mis piernas no podian tener la ligereza de las vuestras, y que me hariais representar el papel de un viejo tutor de comedia!...

En segundo lugar, diste ocasion á que ocurriera tu aventura con el jóven de la flor, sobre cuya aventura ya has oido los mil maliciosos comentarios que formaron tus amigas, y las mil bromas imprudentes que te dirigieron.

En tercer lugar, y esto es lo que mas siento, tu falta de compostura te condujo á acompañarte con quien no debias.

¡Libreme Dios de motejar á Margarita, libreme Dios de arrojar ni una sola piedra á la qua todo el mundo, tal vez injustamente, se empeña en acusar; pero Leonor, la reputacion de la mujer es, como habrás oido decir mil veces, un cristal que se empaña con la mas leve sombra; proyectada acaso sobre él por una fútil apariencia.

Dá toda tu conmiseracion al sér tildado por la sociedad, pero no le des tu honra, porque no te pertenece. Tu honra pertenece hoy á tus mayores, mañana pertenecerá á tus hijos, y nadie puede enagenar lo que no es suyo! Tiende á esos séres infelices tu mano protectora, si alguna vez necesitan de tu apoyo, pero no te juntes con ellos, no te muestres en público con ellos: los blancos copos de nieve cuando tocan al suelo, aunque conserven la pureza de su esencia pierden su blancura.

Pero esto no es reñirte, repuso mi tío interrumpiéndose vivamente, al ver que las lágrimas asomaban á mis ojos, es aconsejarte nada mas; es querer preservarte del contagio general, origen y fundamento de que hoy la mujer haya perdido una parte de su prestigio...

La perla escondida en el fondo del Océano no tendria tanto valor si se la hallase mezclada entre las guijas de la orilla. La perfumada violeta no seria buscada con tanto afán, si no estuviese oculta entre el follaje.

Antes el hombre se veía obligado á imitar al buzo atrevido, que desafia mil peligros para descender al piélago profundo y conquistar su tesoro, y hé aquí por qué este tesoro adquiría á sus ojos un valor inmenso ! Hé aquí por qué antes la mujer estaba colocada sobre un elevadísimo pedestal, y vivía en una atmósfera de adoracion y de respeto !

El siglo en que vivimos tiene cosas buenas y malas ; tomemos las primeras, y dejemos las segundas, por mas que nuestra conducta no tenga imitadores. Lo bueno siempre es bueno, en cualquier época y de cualquier tiempo que sea.

Reásumamos, pues, mi dulce niña, cuida con celoso afán de tu decoro : no olvidando aquel antiguo refrán: *dime con quién andas y te diré quien eres*; no renunciés jamás á la púdica compostura, y no te enamores como otras de esa libertad pueril, que solo respeta á la forma. En el fondo, la mujer está como siempre, atada por las cadenas que la misma naturaleza ha arrojado sobre ella : cadenas de flores, si las sostienen en el aire el amor, la abnegacion y la obediencia; cadenas de pesado hierro, si estas tres hermosas virtudes desalentadas las dejan caer al suelo...

Aquí llegaba mi buen tío de su paternal discurso, cuando entró un criado anunciando una visita.

Era ya la hora misteriosa del crepúsculo, y fortuna fué para mí que no trajeran luces, porque me hubiera vendido el repentino rubor que subió á mis mejillas al oír la voz del que venía á visitarnos.

¡ Era la voz que por la mañana me había dado las gracias con tan dulce tono !

Sí, Adela, el que tenía delante de mí era ni mas ni menos que el desconocido del lago.

Hijo de un anciano militar, compañero de mi tío, venía á Madrid con objeto de seguir una carrera.

Él tambien debió reconocerme, porque se turbó en extremo.

Pasó la velada con nosotros. ¡ Oh, qué grata velada, mi querida Adela ! La rapidez con que volaron las horas, me probó que el verdadero placer no siempre se halla en lo que llamamos placeres.

Entraron algunos otros amigos de mi tío, y se puso la mesa para jugar al tresillo.

Yo y Leopoldo, se llama así el desconocido del lago, entablamos una animada conversacion en voz baja.

Pero no vayas á creer que todo esto destruye lo que te decía antes sobre la insensibilidad de mi alma.

No: Leopoldo ama á Margarita: la conoció en su pais natal, adonde ella fué á buscar un refugio contra los ardores del estío, y por seguirla únicamente alcanzó de su padre el permiso de venir á la corte.

¡ Ah, si vieras cómo la ama ! con qué fuego ! con qué pasión ! Cuánto sufre con sus caprichos, con su desvío, con la preferencia que otorga á sus rivales !

Pero Adela, Margarita es coqueta y es amada ! Cualquiera que sea la índole de los aplausos que recibe, Margarita es aplaudida : ¿ tiene razon ella ? tiene razon mi tío ?

¡ Hé aquí un problema que no acierto á descifrar, y que me está atormentando desde anoche !

ANGELA GRASSI.

CLEMENCIA.

Continuacion.

Este drama íntimo y secreto se estuvo representando durante muchos años al lado del noble administrador sin que éste lo apercibiese, y cuando abrió los ojos, cuando conoció que su hija era esclava de un niño mimado, solo acertó con sus reconvenciones á alejarla mas y mas del corazón de su madre. Madama Ogé cedió al parecer, quiso reprimir las tiranías de Augusto, pero en el fondo de su alma conservó un vivo resentimiento para la que no había sabido ser mas que víctima inocente. Por estas mismas causas Mr. Ogé no abrigó nunca por su hijo mas que un afecto tibio, y sea que su salud se alteraba visiblemente, sea que por completo se consagrara á Clemencia, no se ocupaba de su hijo sino con mucha superficialidad: su esposa le reconvenía, y de aquí resultaban desagradables altercados, que hubieran podido turbar la paz de la familia.... pero no anticipamos acontecimientos, y volvamos á las cualidades de Clemencia, que tan bien justificaban la predileccion de su padre.

Este había querido que á la instruccion profunda que formaba el verdadero tesoro de su hija, se uniese otro tesoro aparente, que no se guarda para sí, que tiene necesidad de admiradores, y que constituye en fin la educacion social de una señorita. Clemencia dibujaba bien, pintaba acuarelas, y merced á algunas lecciones de piano, á los trece años tocaba con extraordinario aplomo y sentimiento los trozos mas difíciles de los primeros maestros. Su afición por la música jamás había parecido excesiva, se aproximaba al piano casi con timidez, y cuando en algun baile se la indicaba tocar ó bailar, daba á lo segundo la preferencia. Esto no obstante, era una excelente música.

Cierta dia que estaba al piano recordando una romanza que había oído la víspera, logrando impresionarla, su padre, que pasaba á la sazón, se detuvo silencioso en la puerta para escucharla.

—Bravo, exclamó en el instante en que Clemen-

cia, apoyada en su memoria, cantaba la romanza con toda la satisfacción de una dificultad vencida.

—Te burlas de mí! exclamó ésta corriendo turbada á abrazar á su padre.

—No me burlo, murmuró el padre entusiasmado; tienes una voz preciosa, y desde mañana quiero que tomes maestra de canto.

Se buscó la mejor de la ciudad, que aun así valia bien poco, y al cabo de seis meses Clemencia sabia mas que su maestra. Cantó en algunas reuniones, con timidez primero, con seguridad despues, mas que por su gusto por proporcionársele á los demas. En toda la ciudad no se habló durante algunos dias mas que de ese nuevo don que la jóven reunia á los demas, y era el tormento de todas las madres. No habia medio de negar el milagro: la voz de Clemencia era tan perfecta como su belleza! Su única venganza consistió en solicitar de la jóven que diese un concierto público para los pobres repitiendo en todos los tonos, al ver que ella cedió gustosa: «Clemencia es una artista.»

Sabido es que en las capitales de provincia este epíteto es tan injurioso para una mujer como el de poeta lo es para un hombre.

No era sin embargo en público donde Clemencia hallaba su inspiracion: en familia, ó mejor dicho al lado de su padre, era donde cantaba con un sentimiento y una seguridad que el arte no le habia enseñado.

—¡Oh! si cantases así delante de ellos! exclamaba entonces el padre con entusiasmo y despecho á la vez. Pero Clemencia era de las que no se manifiestan mas que á seres queridos, sin conceder á los indiferentes lo que mañana acaso quisieran recobrar.

Una circunstancia imprevista llegó á procurar á su talento naciente la direccion que le faltaba.

La célebre cantante Laura Monti, fatigada de tantas ovaciones y ávida de tranquilidad y reposo, habia alquilado una casa de campo situada en un delicioso valle, á dos leguas de la ciudad de C.... Al aislarse de aquella manera, habia jurado convertirse en una verdadera campesina, sin tener mas admiradores de sus gracias que el ruiseñor y la golondrina; pero un juramento de artista es como un juramento de amante: juran no volver á querer y quebrantan al punto su juramento. Quince dias habria pasado en su pacífico retiro, cuando ya la poética italiana se consideraba triste y desgraciada, y eso que las crónicas teatrales afirmaban que para recrear sus ocios abrigaba una pasion misteriosa y profunda, cuyo objeto era desconocido; aunque se le citaban mil adoradores no se le concedia mas que un solo amante, y la Monti obtenia y era merecedora del respeto de todos.

Hemos dicho que se aburría ya de su soledad, y los *dilettanti* de la ciudad de C.... le suplicaron viola-

se su juramento, pidiéndole con instancia que se dejase oír en un concierto. La artista rehusó pretestando el mal estado de su salud, y los periódicos de la ciudad que habian celebrado su llegada, lamentaron la causa de su negativa exajerando el estado en que se hallaba, y contándola casi á las puertas de la tumba: la prensa parisiense, acogiendo con dolor semejantes noticias, las estendió aun más, y el grito de alarma voló por toda la Europa. Laura Monti, para desmentir el rumor de su próximo fin, resolvió mostrarse en público, borrando con un nuevo triunfo aquella absurda noticia; y el concierto y el pronto restablecimiento de la prima donna se publicaron á són de trompa tranquilizando á la Europa.

El padre de Clemencia quiso que su hija tomase tambien parte en este concierto, ¡temeridad grande que disculpaba su cariño y el deseo de oír el juicio que de la voz de Clemencia formaba la ilustre cantante! Laura Monti no pertenecia al número de artistas envidiosos que no pueden sufrir que nadie brille á su lado; por el contrario en las representaciones que habia dado durante su vida artística habia agrupado en torno suyo los cantantes mas queridos del público, y mas dignos de serlo.

—Yo canto mal, murmuraba, si quien canta conmigo no canta bien.

Cuando vió á Clemencia con su sencillo vestido blanco y sus lazos azules, exclamó sin vacilar, que una jóven tan linda no tenia necesidad de cantar bien para ser admirada; y así que la oyó, á pesar de que Clemencia cantó con mas timidez que de ordinario, se dirigió á ella, estrechó sus manos con cariño, y fijando en la de la jóven su dulce mirada, exclamó:

—Teneis, hija mia, una voz de admirable estension, de maravillosa dulzura. ¿Me permitireis daros algunas lecciones?

Clemencia, sin poder contener sus lágrimas, besó, reconocida, las manos de la ilustre artista, mientras su padre miraba á ambas conmovido.

—Escuchad ahora, murmuró Laura, presentándose ante el público, que la recibió con una salva de aplausos.

Laura cantó como no habia cantado nunca, ó mas bien como acostumbraba á cantar siempre: su alma impresionable se exhalaba en las tiernas notas que modulaban sus labios, y cuanto sentia y soñaba lo trasmitia su mágica voz de un modo comprensible á todos. Su brillante triunfo admiró en general y colmó de alegría á las que envidiaban el talento de Clemencia, que se vió de nuevo distinguida por la artista, escuchando de sus labios estas palabras lisonjeras.

—Como yo canto cantareis en un año, y en dos ¡quién sabe! acaso mucho mejor.

Durante el concierto. Laura estuvo al lado de su discípula, como ya la llamaba, admirando tanto candor y tanta hermosura. El padre de Clemencia la su-

plió fuese á comer á su casa al día siguiente, aceptando la artista y acordando que aquel día se daría la primera lección. La distinción que obtuvo Clemencia fué objeto de todas las conversaciones, mezclándose al triunfo de la Monti, y dando el golpe de gracia á mas de un amor propio que estaba ya mortalmente herido.

Laura Monti, no solo comió al día siguiente en casa de Mr. Ogé, sino que repitió sus visitas, y en cada una revelaba algun secreto del arte á su jóven discípula, que hizo rápidos progresos, modulando su voz y elevando su alma á la esfera donde veía colocada la de su ilustre maestra.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

DOÑA PRUDENCIA GRILLO.

Historia madrileña del siglo XVI.

Nada mas poético, nada mas encantador que la historia de nuestra patria, cuyas calles y casas encierran los mas bellos recuerdos, que no siempre ha trazado la pluma del cronista, y que con mucha mas frecuencia todavía se han escapado á la imaginación del poeta, á la narración del novelista.

Madrid en el siglo XVI no era ciertamente la opulenta, la populosa villa que habitamos en la actualidad, pero aunque mas reducida en población, y quizá no tan abundante en riquezas, encerraba en su seno lo mas ilustre y noble de aquella monarquía en cuyos dominios no se ponía el sol, y cuya frente adornaba la corona de ambos mundos.

El lujo y los placeres dominaban en ella como en todas las ciudades de alguna importancia, y las celebradas damas, cuyos nombres nos han trasmitido las crónicas, eran objeto de las adoraciones de un gran número de galanes, conocidos por sus hazañas, notables siempre por su valor, y dignos constantemente de la hidalga sangre que corría por sus venas.

Entre los nombres de aquellas damas nos ha legado la historia el de doña Prudencia Grillo, hija de unos ricos banqueros genoveses y reina á la sazón de la hermosura y de la moda. Su casa, situada en la calle del Príncipe, era entonces de las mas modernas de Madrid, se hallaba concurrida de todo lo mas distinguido que encerraba la corte por su clase y sus riquezas. La opulenta heredera se veía halagada por las mas lisongeras solicitudes, pero su mano y su co-

razon hacia ya tiempo estaban dados á un caballero con el que no debía tardar en unirle el destino.

Empero su amor al lujo, su deseo de presentarse en medio de las hermosas á quienes eclipsaba con las gracias de su rostro y el esplendor de sus trajes, la detenían en cumplir unos votos que habia formado no tan en secreto que no se supiesen en toda la corte, y fuesen con frecuencia el favorito objeto de sus murmuraciones. Mas nada importaban á la dama tan importunas hablillas, teniendo la seguridad de que su presencia bastaba para cortarlas, y de que los envidiosos que la criticaban se postrarían á sus pies á la menor de sus miradas, y la adorarían de hinojos si les concediera una sonrisa.

Sin embargo, los años pasaban, y Prudencia no acudía á los altares para que la religion consagrara su amor; los cortesanos, galanes y desocupados continuaban en sus murmuraciones. Entonces su amante, ó ella misma tal vez, decidieron tomar una resolución, en que les favoreció aparentemente la fortuna, para vivir separados por algun tiempo y hacer olvidar unos amores que habian llegado á ser el objeto de todas las conversaciones.

Preparaba Felipe II su formidable armada, que debía acabar para siempre con Inglaterra, nuestra rival en los mares, nuestra enemiga tambien en religion. Todos los españoles que valían algo y se tenían en algo, todos los que sentían arder en su pecho la santa llama del patriotismo, se aprestaron en esta ocasión á cooperar á los deseos de su Monarca, y corrieron á alistarse en la *Invencible*. Uno de ellos fué el amante de Prudencia. La historia nos ha ocultado su nombre, pero nos da á entender que era un personaje de distinción, diciéndonos que llevaba un mando de importancia en las Galeras.

Los últimos días que pasó al lado de su amada los dedicaron á todo género de pasatiempos y diversiones, procurando brillar mas que nunca en medio de una corte que tantas veces habia admirado su hermosura, su lujo y sus riquezas, y que entonces, adivinando su cercano dolor, hasta les perdonaba sus amorosos extravíos, corriendo á saludarlos y festejarlos sin presentir que era la última vez que debía verlos juntos.

Esta idea que á nadie parecería extraña tratándose de un caballero que debía tomar parte en una empresa en extremo arriesgada y peligrosa, apenas habia cruzado por la imaginación de Prudencia, y cuando á ella se presentaba procuraba alejarla como un fantasma que venia á interrumpir su inalterable felicidad. Pero llegó la hora de la separación, y el caballero que la habia retardado cuanto le habia sido posible, no pudo ya menos de anunciar á su amada que se veían por última vez.

Sonrióse Prudencia, y sin tomar por agüero la

expresion, insistió sin embargo en que le diera noticias suyas.

—Si toda separacion, le dijo, es siempre por sí misma demasiado penosa, lo es mucho mas cuando no se sabe del objeto de quien se llora la ausencia.

—Teneis razon, la contestó el caballero, mas no creo prudente daros noticias mias hasta mi muerte ó mi regreso.

—A vuestro regreso no dudo que las tendré, pues os veré á vos mismo, pero despues de muerto, ignoro como podreis dárme las.

—*Tocando estos damascos*, dijo el caballero, y señaló los que estaban colgados en la sala; *tambien menearé*, añadió, *las gabetas de ese escritorio, y la última señal será correr las cortinas de la cama.*

Tomó á chanza Prudencia las palabras de su amante, y al separarse en vez de verter lágrimas de dolor, se las repitió irónicamente; tan distante se hallaba de su corazon la idea de que llegarían á cumplirse.

El caballero por el contrario se alejó triste y cabizbajo, porque en su alma se habia grabado un profundo pensamiento, y deplorada sin saberlo la ceguedad de aquella mujer en la que deseaba un cambio que no sabia esplicarse, y por el que hubiera dado con gusto su vida; milagro de amor mucho mas comun de lo que generalmente se cree, ó mas bien instinto de la virtud, que nos domina aun en medio de los mayores extravios, prefiriendo la muerte á vivir juguete de borrascosas pasiones, cuyo término no puede menos de ser tan doloroso como triste.

A los pocos dias Prudencia habia olvidado á su amante y se entregaba á sus acostumbrados placeres. Decíase á sí misma que debia probar al mundo la indiferencia con que siempre le habia mirado, y bajo este ficticio pretesto era la primera en presentarse en todas las diversiones, en lucir su constante lujo, sus trenes y sus trajes. Seguíanla los caballeros, y las damas procuraban ganar su amistad, pues mirándola como la reina de la hermosura, no creían suficientemente adornada su casa cuando faltaba la perla cuyo brillo era sin igual en toda la corte. Disputábanse sus favores y hasta se promovían pendencias por pasear su calle y hallarse próximos á la puerta de su casa cuando salía. No habia paseo, diversion, ni baile en que no se presentase, y en todas partes era agasajada y casi idolatrada por los admiradores de su elegancia, su gusto y sus riquezas.

Empero una noche en que se retiró mas tarde de lo que acostumbraba, sintiéndose fatigada se reclinó en su lecho sin desnudarse, despidió á sus doncellas y quedó á solas, como si su corazon la dijese que debia alejar á toda clase de testigos.

Al poco rato, cuando iba á quedarse traspuesta, la pareció que se movian los tapices; se incorporó en el lecho, miró á su alrededor, y no la quedó duda;

los tapices se movian sin que ninguna mano los menease; se levantó, corrió á cerciorarse por sí misma; nadie habia en su habitacion, ni en las inmediatas; sus criadas dormían muy lejos. Quiso volver á su lecho, pero la faltaron las fuerzas y dirigió sus miradas involuntariamente á las gabetas del escritorio. Entonces, como por un oculto resorte las gabetas se movieron tambien, y la dama, angustiada, quiso dar un grito, pero no pudo, y se encaminó maquinalmente á su cama. A su llegada se descorrieron las cortinas; lanzó un ¡ay! cayó desmayada, y cuando volvió en sí se hallaba en los brazos de sus doncellas.

Permaneció enferma durante algunos dias y mandó cerrar á todos las puertas de su casa, pues presa del dolor no queria ver á nadie hasta saber si era verdad ó ilusion lo que habia presenciado. Recordaba la despedida de su amante, sus palabras, y temía que hubiese muerto. Así se lo decía su corazon, pero no queria referirlo á ninguno de sus amigos, pues rodeada hasta entonces de personas que se preciaban de despreocupadas, temía que se burlasen de ella, como ella se habia burlado del hombre, que sin saberlo y por un secreto impulso habia dado su vida por su salvacion.

Cuando su salud comenzó á mejorarse, ya era pública en Madrid la pérdida de la armada y la muerte de su amante; quisieron ocultárselo, pero lo leyó en los semblantes de todos, y en cuando no la quedó ya duda, abandonando el lecho, aquella mujer que hasta entonces habia vivido en medio de las delicias y de los placeres, que habia saboreado todo género de regalos y comodidades, á la que ofendía el sol y dañaba el aire, comenzó la vida mas austera y penitente de que haya habido ejemplo en su siglo y acaso en los posteriores.

Vendió sus joyas y vestidos, sus muebles y trajes, y redujo su casa al estado de pobreza que conviene á los que abandonan el mundo conociendo sus desengaños. Con el producto de sus bienes recogió niñas huérfanas y mujeres abandonadas, y se consagró á educar á las primeras, y librar á las segundas del vicio y sus consecuencias. No la faltaron compañeras que la ayudasen en su santa empresa. Algunas señoras que habian sido rivales suyas, que la habian disputado el imperio de la moda, quisieron rivalizar tambien con ella en sus caritativas tareas, y abandonando su muelle vida, se dedicaron á obras de caridad. Prudencia y sus compañeras no fueron sin embargo en un principio verdaderas religiosas, pues aunque vestían el áspero sayal y se entregaban á la oracion y penitencia, no vivían bajo ninguna regla monástica. Dióselo al fin el V. Alonso Orozco, y entonces se fundó el convento de Santa Isabel de Agustinas recoletas, situado en la calle del Príncipe, en la casa propia de doña Prudencia Grillo, que al tomar

el velo en 24 de Diciembre de 1589, cambió su nombre en el de María de San Agustín.

Trascurrieron veinte años, María de San Agustín había muerto ya en la mejor opinión por sus penitencias y virtudes.

Un día se hallaba en el convento de la calle del Príncipe la reina doña Margarita de Austria; oyó violines y preguntó á las religiosas si tenían música en casa. Contestáronla que no; y que aquella música provenia del inmediato teatro; entonces la piadosa soberana comprendiendo que aquel sitio no era á propósito para el recogimiento necesario de las que se hallaban consagradas á la oración y contemplación, decidió mudarlas de local. Hacía poco tiempo que se había confiscado á Antonio Perez, el célebre privado de Felipe II, una casa de campo que poseía en las afueras de Madrid, y sitio donde hoy está la calle de Santa Isabel, que ha tomado su nombre de este convento, y á ella fueron trasladadas las religiosas en 4 de Diciembre de 1610. Carecieron sin embargo de iglesia en un principio, y se edificó después por la piedad de Felipe IV, habiendo continuado así hasta nuestros días la fundación de María de San Agustín.

José S. BIEDMA.

LABORES.

El pliego de dibujos para bordados que repartimos con este número es de bastante mayor tamaño que los que hemos dado hasta aquí, y contiene á la espalda los patrones que ordinariamente han ido en otro número. Esta reunión, en lugar de ser una economía, aumenta nuestros gastos, pero como no es la especulación el objeto de nuestra empresa, no nos detenemos en el propósito de mejoras progresivas, aunque los desembolsos sean mayores. El bello y galante público que nos favorece compensa nuestros sacrificios con nuevas suscripciones cada día.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

NUMS. 1. *Cuello* bordado á *plumetis* y *minuto*.

NUM. 2. *Puño* correspondiente.

NUM. 3. *Cenefa* de cachemir bordada á *punto ruso* con colores fuertes.

NUM. 4. *Entredos* para enagua, bordado á la *inglesa* y *punto ruso*; este último con negro ó azul.

NUM. 5. *Cubierta* de acerico bordada á *feston* y *bieses* respunteados por ambos bordes.

NUM. 6. *Pañuelo* del mismo género de sobrepuestos con escudo y palmas á *plumetis*.

NUM. 7. *Cenefa* bordada con cordon ó trencilla para batas de piqué ó cachemir, para señora.

NUM. 8. *Idem*, *idem*, para el mismo objeto.

NUM. 9. *Cenefa* de punto ruso bordada sobre cachemir con colores, para corbata.

NUMS. 10 y 11. *Corbata* de seda y encaje para señora, y croquis del punto ruso para bordarla.

NUM. 12. *Pañuelo* rico bordado á *plumetis* y *arenilla*.

NUM. 13. *Cnello* recto bordado al *minuto*.

NUM. 14. *Pañuelo* de jaretas cosidas á espunte formando orilla y greca, con escudo y flores á *plumetis* y *minuto*: un encaje rico debe completar este distinguido pañuelo.

El patron que va á la espalda del pliego es de la *sotana* correspondiente al figurín, núm. 763, que se repartió el 8 del corriente, y que por su forma nueva tanto llamó la atención de nuestras suscriptoras. Compónense estos patrones de *espalda*, *costadillo* y *dos delanteros*, por cerrar torcida, y tener cada uno distinto corte. Las letras muestran los empalmes, y el ángulo saliente que forma cada pieza en el talle es para hacer una tabla hácia adentro. Debemos advertir á nuestras lectoras que á estos patrones les falta la estension de la falda, que obtendrán siguiendo las líneas empezadas, en el mismo sentido que lo estén, hasta dar á la sotana el largo que necesite el vestido. La mitad mas pequeña del delantero que dice: *Segunda mitad del delantero, que cierra sesgada*, se corta al biés. Para mayor claridad van todas las piezas repetidas en tamaño pequeño con el largo correspondiente, y la figura del vestido vista por delante.

AURORA PEREZ MIRON.

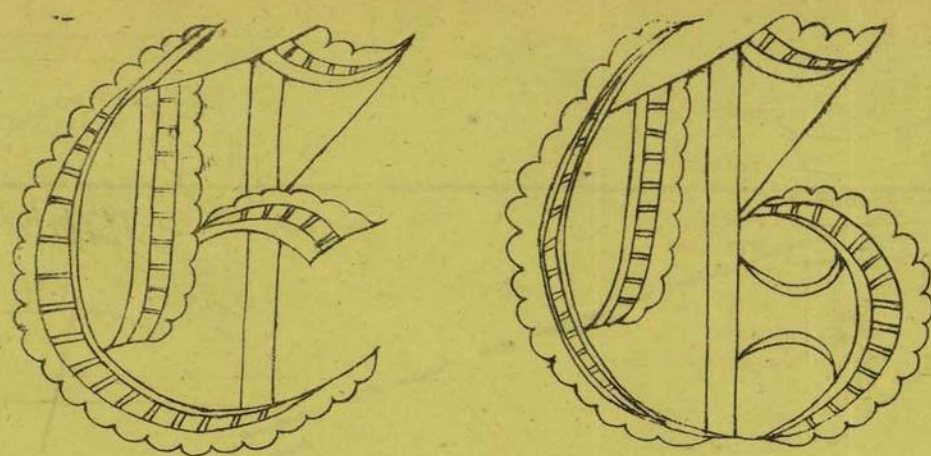
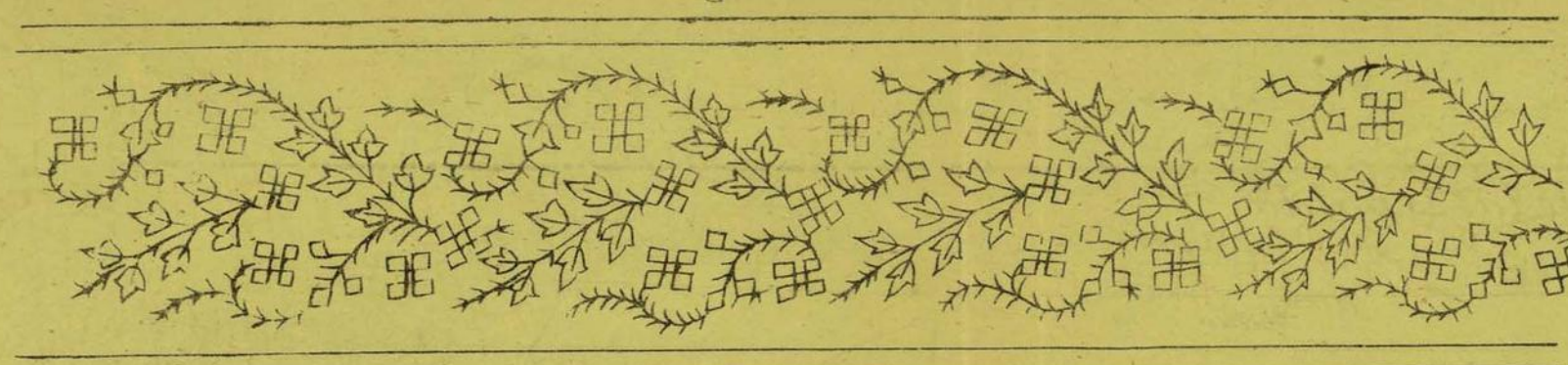
ADVERTENCIA.

No habiendo llegado á tiempo la caja de los figurines por causas ajenas á nuestra voluntad, nos vemos privados del gusto de repartirlos hoy: los daremos en el inmediato número con su correspondiente explicación.

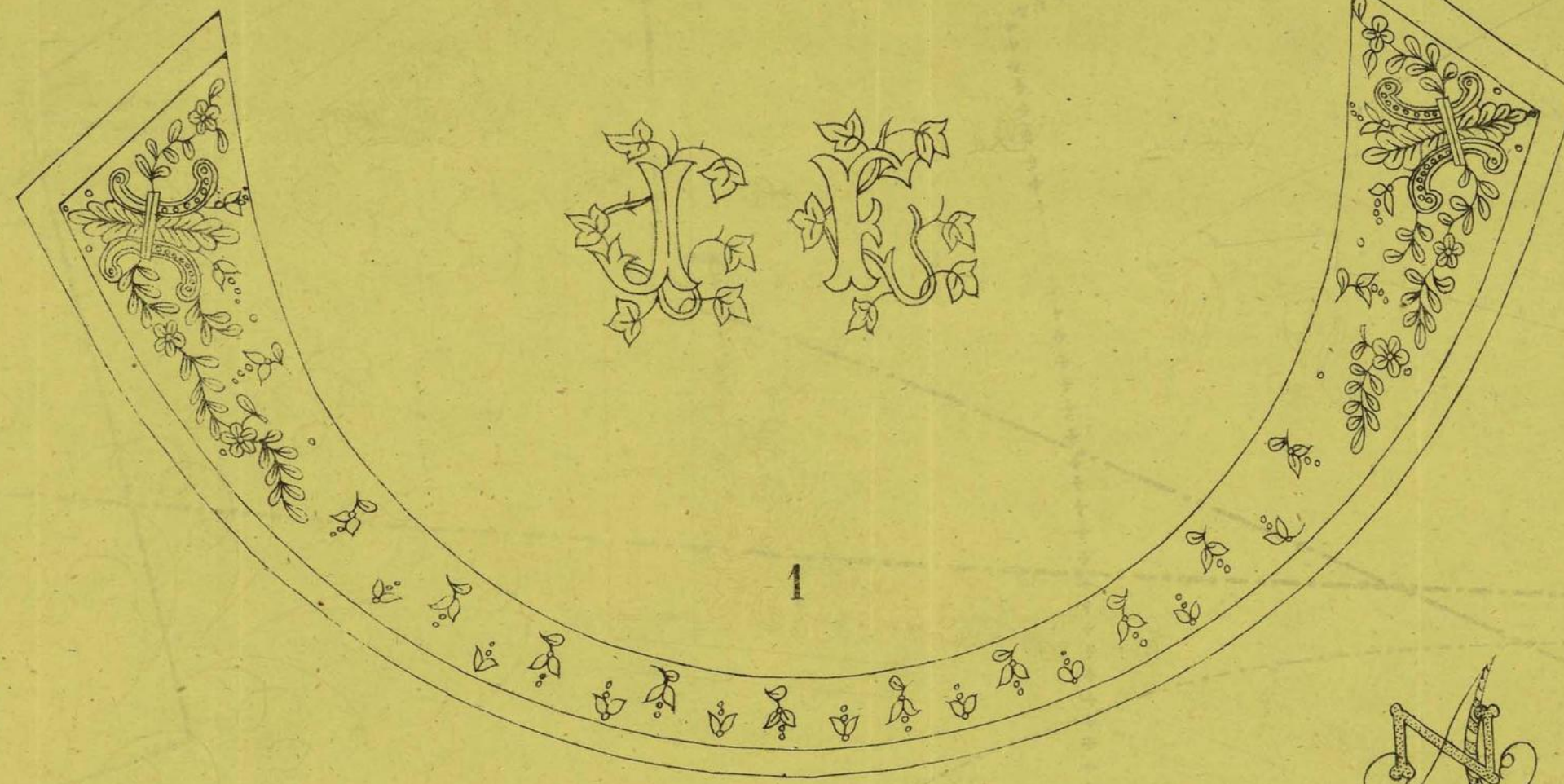
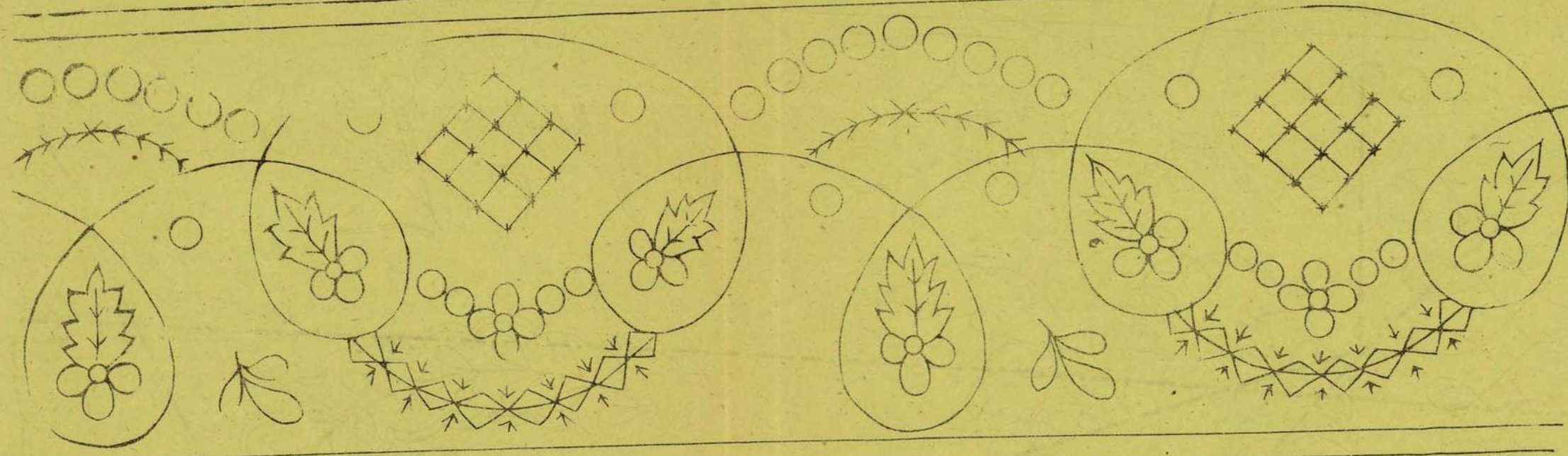
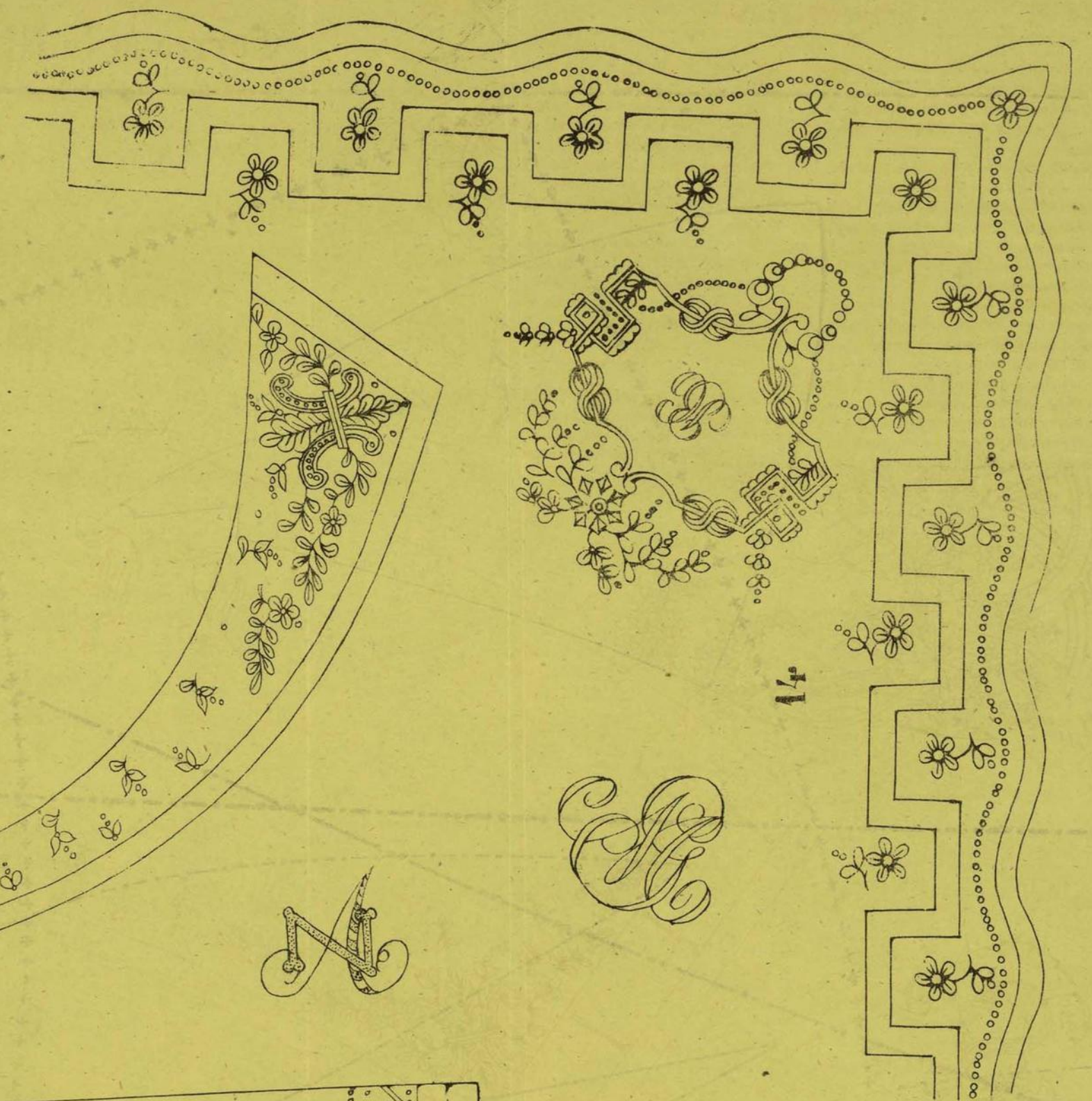
Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1863.

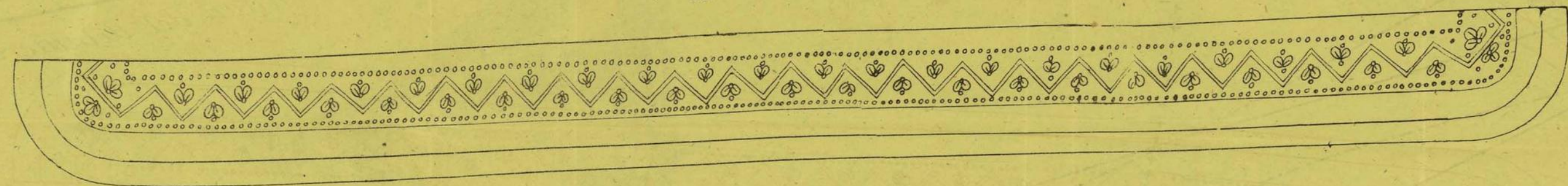
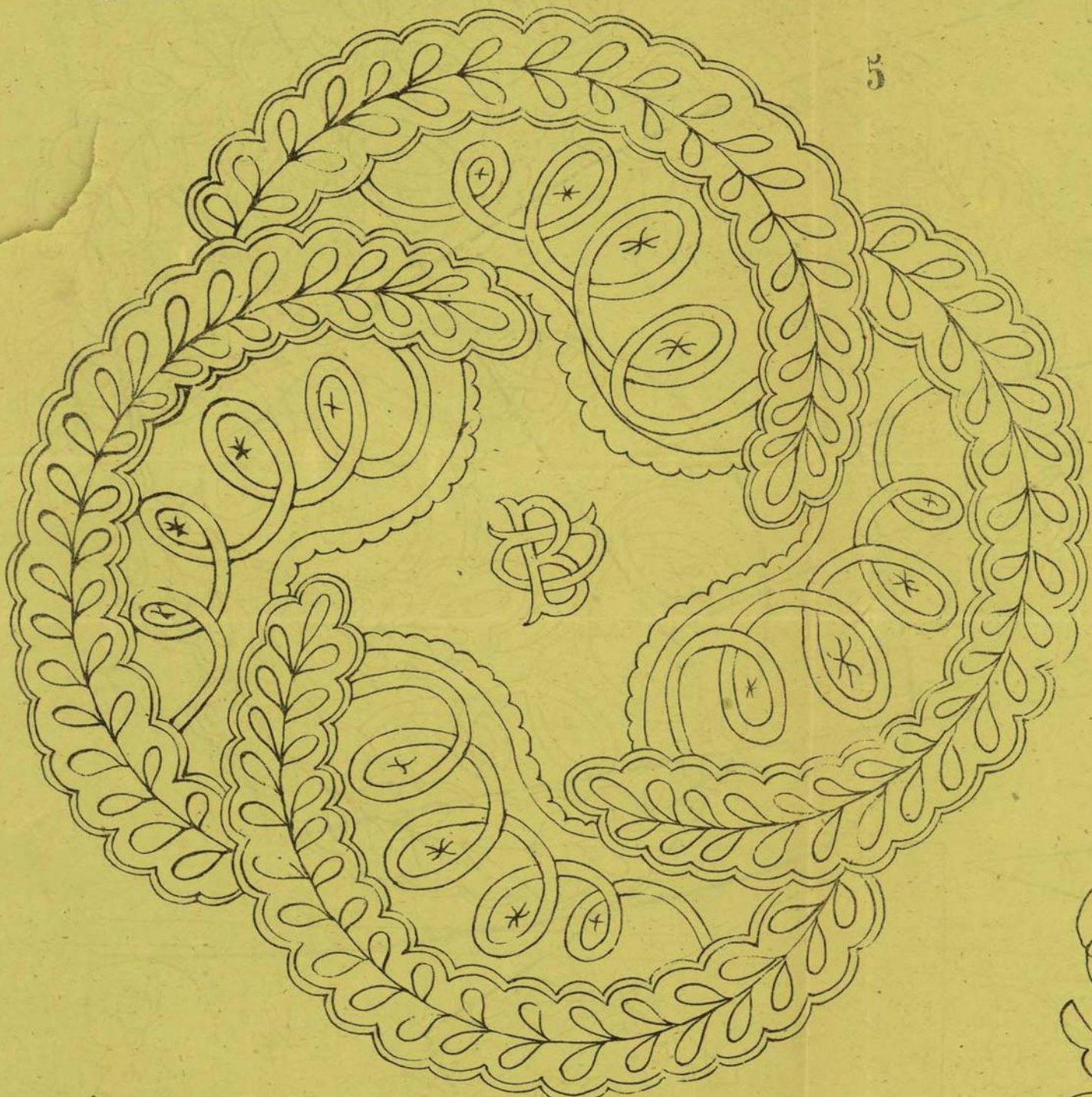
IMPRENTA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.



Correo de la Moda.
Calle de Lope de Vega 10.
MADRID

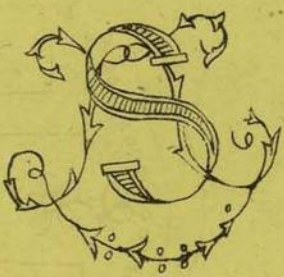
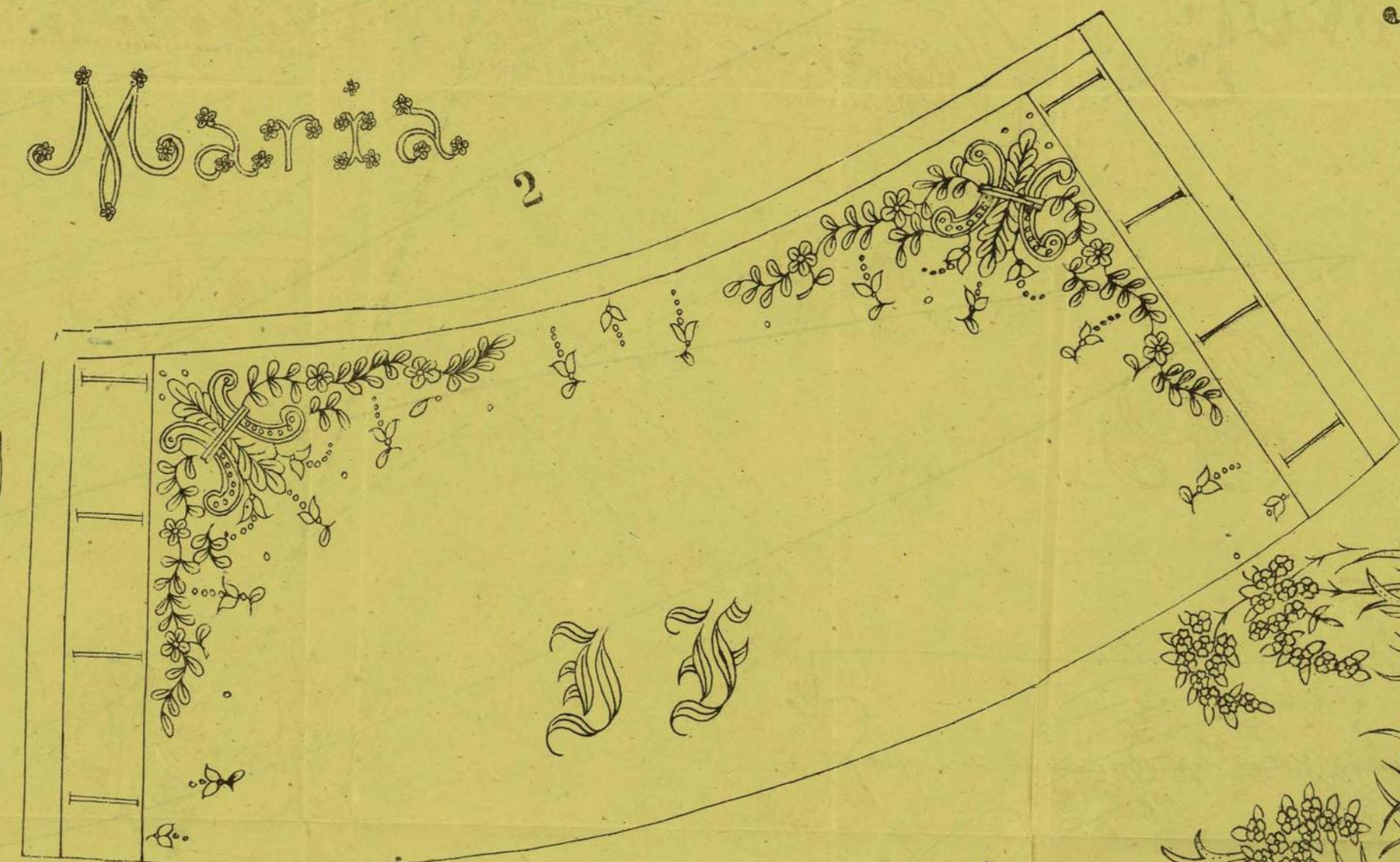
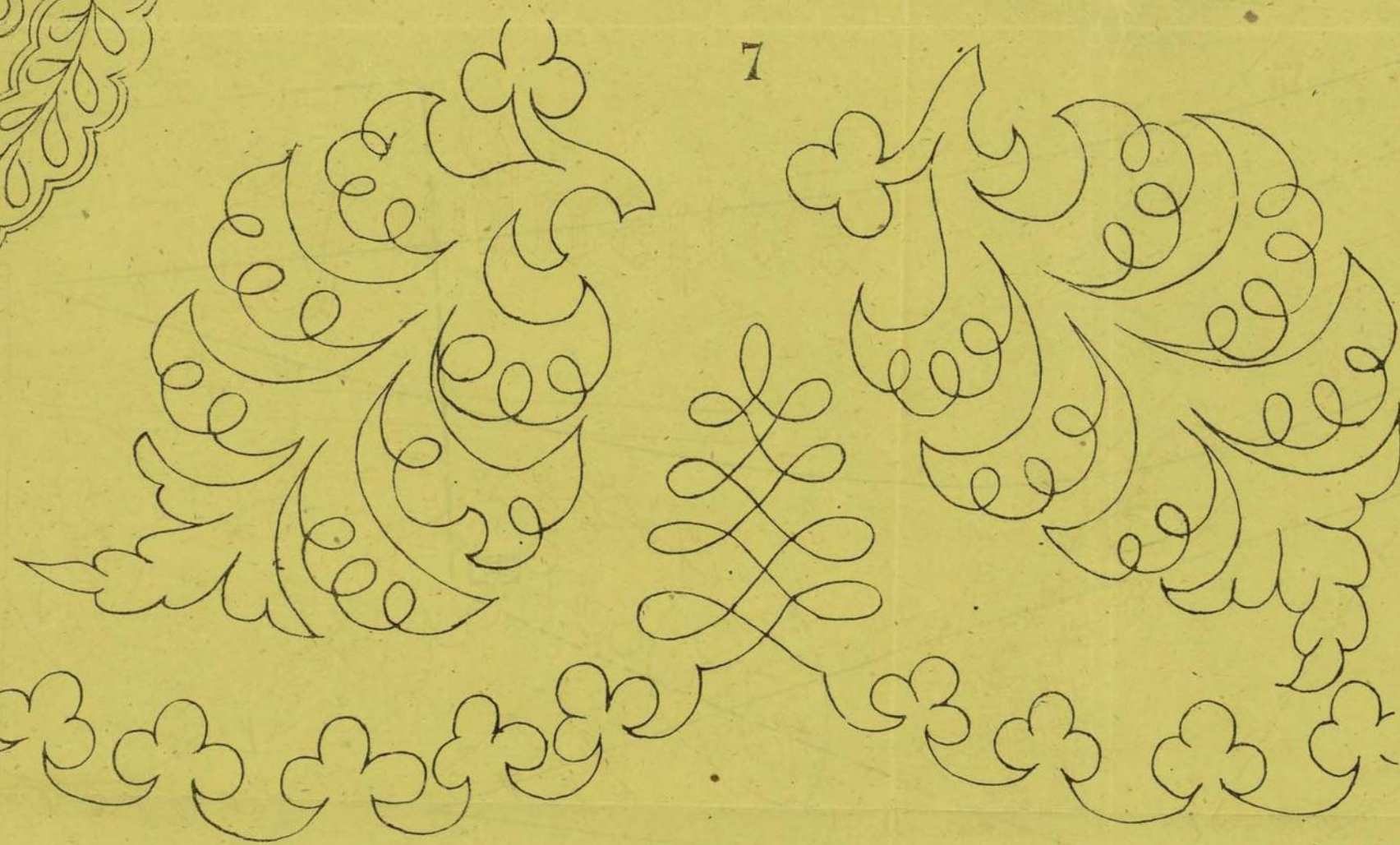


Angustias

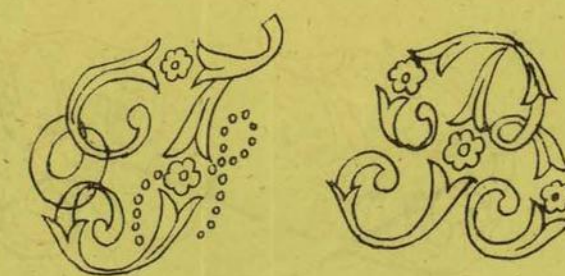
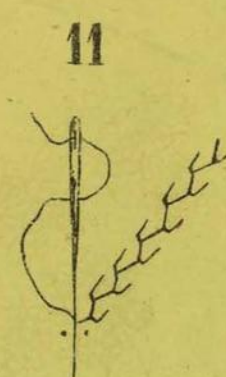
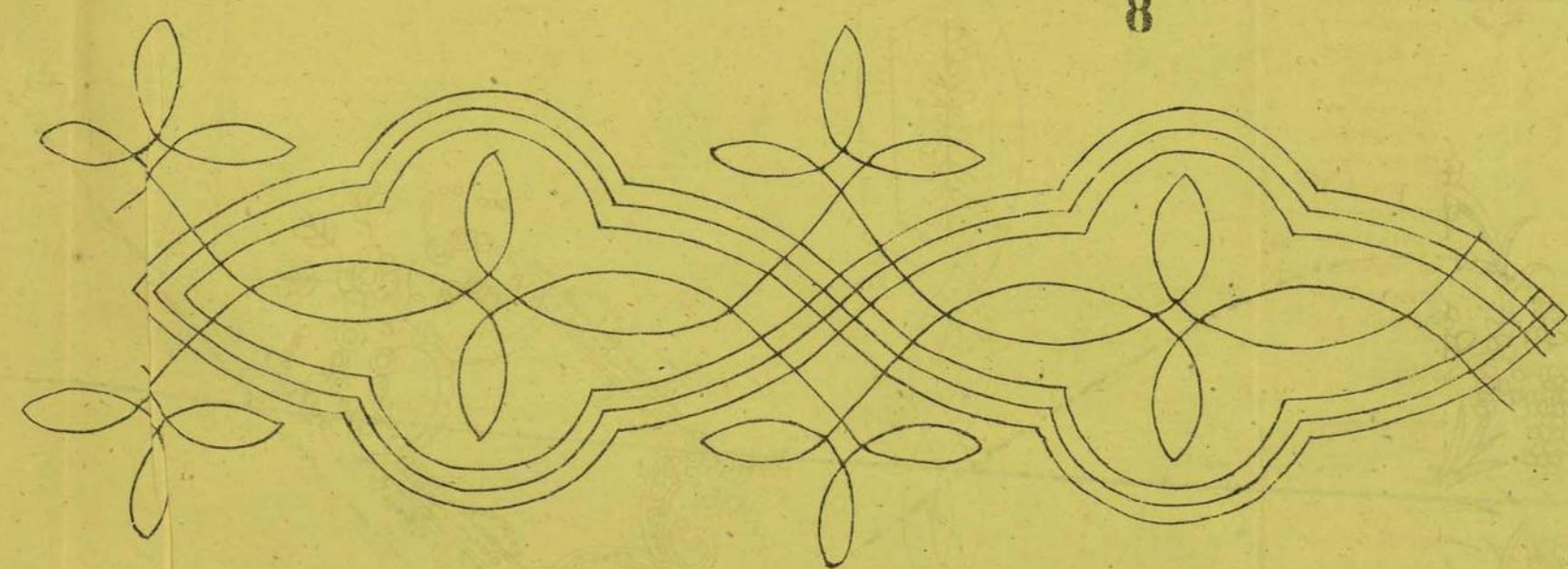


Josefa

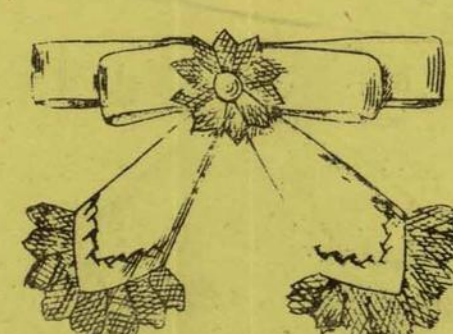
Maria



Fatalia



lo



Enero de 1865.

Lit. de J. Aragon, Vinas 10.

